

CHILE, FÉRTIL PROVINCIA, por *Andrés Sabella*.

Hay en nuestro país una tendencia definida a valorizar lo autóctono, el medio que nos rodea. No con un sentido chauvinista, patriotero, sino con un sano y firme anhelo de exaltar la realidad en que vive el artista. No es el nacionalismo belicoso y superficial de los «vivas» y «mueras». Es el patriotismo de lo esencial, de lo vital. Es el afán constante, doloroso, de empujar esta larga y angosta faja de tierra, maravillosa, pero tan aporreada por terremotos y politiqueros. Es el tremendo deseo de ver al «roto» ya sin huilas, ni malos olores, ni suciedades en el léxico. De ver desaparecer el feudalismo mental y material que impide la construcción de viviendas y la ampliación de la cultura a las masas. Que hace campear y florecer al «pije», al dilettante, director y mentor de poesía, economía, arte y emoción. Gente que trata de debilitar el vitalismo macizo de los verdaderos hombres de Chile.

Andrés Sabella es un chileno emocionado y siente en su sangre esta «fértil provincia» como el más auténtico roto, con ese desprendimiento y orgullo del calichero por las cosas de su tierra. Le hemos leído un trozo de antología con motivo de la fiesta de Yungay, trozo de poesía y alabanza.

En toda su obra Andrés Sabella alienta una sensibilidad vernacular, aún en sus poemas sociales de protesta y de lucha.

En «Norte Grande» nos narra en lenguaje poético la miseria, las injusticias, las aventuras del nortino en su batalla con la naturaleza y el capital.

A través de su fecunda obra periodística no hace más que recoger y valorizar cuanto nombre significa algo para el progreso del país.

Ahora, en su último libro, editado por Zig-Zag, vuelve su ternura a la infancia de Chile, sintetizada en su hija María Eugenia. Comprende que en los colegios no se le alimenta con

imágenes y temas próximos. Es así como él en esta obra tiene temas como la Pampa, que «ha visto temblar en el horizonte como el límite mismo de la vida», en donde se extravían las huellas como las venas inconclusas de una anatomía singular». «La Pampa es una escultura de sales» y los cerros del norte, «el desnudo cerro gris de la Pampa casi no lo es para el ojo habituado al cerro maduro de verde del sur.

Nada más evocador para el muchacho que aquella ciudad abandonada de Cobija, cuyos muros «parecen muñones gigantes donde la sangre se hubiera endurecido con un gesto terrible y muestran grietas como las verídicas llagas del tiempo». El estuvo una larguísima mañana en Cobija y su corazón se cerró de telarañas».

A Mejillones lo asocia con «finos pejerreyes que coinciden con las hojas del árbol de la infancia».

El trompo, los runrunes, los volantines, los mundillos o bolitas, juegos inmediatos del niño están en este libro poetizados.

Los trenes del sur, Linares, le arrancan frases emocionadas.

Trozos de la historia, por lo general tan árida y enjundiosa, Sabella los simplifica y los hace digeribles.

Las «Animitas», que es «una desconcertante forma de perpetuar la sangre de los que mueren de obscura muerte en los caminos», «nuestro pueblo les alza un altar misérrimo (una lata, florecillas de papel, velas que parecen los huesos de la noche, «donde se reza y se hacen mandas»).

Los eufónicos nombres indígenas de Fresia, Colo-Colo, Michimalonco, Lautaro, Guacolda, Galvarino reviven bajo la mano cariñosa y comprensiva del poeta y la trutruca tiene una definición exacta y simple: «Una espiga triste que concluye en música».

Andrés Sabella, en «Chile, Fértil Provincia», se revela un pedagogo por intuición. Los elementos más despreciados y desapercibidos del medio los coge, los hace pasar por el moderno alambique de su imaginación y los destila para que los niños se

nutran, desde la escuela, con los jugos de la vida, de las cosas y del paisaje de la tierra. Creemos que el profesorado habrá comprendido este esfuerzo y hará leer en sus clases tan sugerentes trozos, que, junto con ilustraciones hechas por los mismos niños y otras por el magnífico dibujante Carrasco Délano, hacen de este libro un acabado conjunto.—LEONCIO GUERRERO.



MI VIDA DE NEGRO, por *Richard Wright*.—Ed. Sudamericana.
Buenos Aires.

Pocas veces se puede leer un libro en el cual, sin descender a la abyección, se pueda decir que el drama de un hombre y de una raza, estriba precisamente en no poder alcanzar la dignidad que necesita, para poder obrar también con dignidad. Esta obra de Richard Wright, es uno de los documentos más desgarradores que hemos leído últimamente. No es la historia sentimental de la Cabaña del Tío Tom, sino las páginas vívidas plenas de desesperación y rebeldía de un hombre que para su desgracia nace con la sensibilidad de un artista y en su camino no encuentra otra cosa que desprecio, desdén, humillaciones y sufrimientos sin cuento.

Realmente aterra recorrer estas páginas y darse cuenta de lo que es la vida de los negros en EE. UU. y de cómo ese problema de raza que se ha ido ahondando en el tiempo y en el espacio, no tendrá jamás vías de solución. Es uno de esos conflictos de la humanidad al cual no se le ve arreglo porque la generosidad humana tiene sus límites y los prejuicios y los gustos son condiciones que no se pueden modificar cuando hay alrededor de una conciencia una terrible voluntad nacida de muchas gentes que no quieren reconocer los preceptos de la bondad y de la ecuanimidad humanas.

Richard Wright, no manifiesta ostensiblemente su odio